

San Isidoro de Europa

Alfredo Marcos

A la memoria prodigiosa e imborrable de don Antonio Viñayo

“A mitad del siglo XII, y con motivo de una gran sequía, los leoneses decidieron procesionar las reliquias de san Isidoro para implorar la lluvia. A dos millas de la ciudad el cuerpo del santo se hizo tan pesado que nadie lo podía mover y ello causó honda preocupación. Enterada la reina doña Sancha del extraño suceso se personó en el lugar y en junta de vecinos acordó no volver a sacar nunca más de su iglesia los restos mortales del santo obispo si se dejaba regresar al templo, así como hacerle una limosna cada año. Siguieron oraciones de la reina, un temblor y la aparición de cuatro débiles jóvenes que se acercaron a la urna y la transportaron sin esfuerzo alguno.

“En cumplimiento de aquella promesa la ciudad acude a San Isidoro el último domingo de cada abril, previas visitas protocolares de una legacía municipal al cabildo isidoriano y de este al ayuntamiento. Elegidos los representantes de ambos, la corporación llega con toda la gala ante el templo, siendo recibida por su abad, con quien accede al claustro. Un debate dialéctico en el que el munícipe defiende la entrega del cirio de cera como oferta, y el capitular lo considera foro obligatorio, termina sin acuerdo, pero con la ofrenda del cirio.

“Sigue la misa, y ya en la calle, en la despedida, la corporación municipal, vuelta hacia el templo, saluda por tres veces con pronunciadas inclinaciones de cabeza. Son las cabezadas”.

(Texto de la placa que ilustra el grupo escultórico situado en la plaza de San Isidoro)

Alonso Peregrino deambula en este momento, maletina a rastras, por el acristalado hall de un espacioso aeropuerto europeo, aledaño, por más señas, al lugar que le dicen de la Virgen del Camino. Espera la llamada de embarque para volar a Bruselas, actual capital de las Europas. Recordemos: por el camino de Santiago entró Europa entera, a borbotones, arte, oración, saber y comercio, en León y en España. Camino de ida, camino de vuelta, el mismo camino.

Dobla y desdobla un papel que le servirá como carta de abordaje. Mientras tanto se asoma, taciturno y preocupado, a los misterios más últimos, como siempre que le toca volar con Ryan. Y es que ver los rabiosos colores azul y amarillo de la compañía aérea y echarse a pensar en la muerte, el juicio, el purgatorio, el cielo y el infierno, todo es uno. Metido en estas hondas meditaciones, con la cabeza baja, el rostro cansado y la barba canosa de tres días, con ese aire, en fin, de nihilista pedáneo o de inspector de baldosas, puede pasar perfectamente por miembro de la cofradía llamada de los escritores leoneses.

Nada más lejos de la realidad. Alonso es un tipo práctico, sensato y habitualmente optimista. Funge como eurofuncionario desde hace más de veinte años. Conserva su apostura y buena parte de sus rizos castaños. Bien dormido y aseado, como suele aparecer por los pasillos de la capi, nadie lo confundiría con un escritor leonés. Pero es que hoy... Son muchas cosas, el pasado, el futuro... O sea, lo que deja atrás, la familia, los amigos, los paseos mañaneros por la soledad del río, la ruta nocturna entre el gentío del Húmedo (que en Semana Santa se pone imposible). Medio cuerpo lo tiene tomado por la nostalgia, la otra mitad invadida por la angustia anticipatoria. Aterrizará en Chaleroi –¡crucemos los dedos!-, regateará con el taxista

de turno, que si *cent*, que si *septante*, y se presentará en cuanto duerma un poco en su oficina de Bruselas, donde le espera una jornada infinita, llena de negociaciones e intrigas. Toca pactar, entre todos los socios de la Unión, la distribución de cuotas de emisiones de CO₂. Y a él le pedirán mediación en este enjambre. Sin horario, a reloj parado. “¿Cómo diablos podría yo poner de acuerdo a toda esa gente, con ideas e intereses tan distintos?”.

Frente a la puerta de embarque, y antes de que dé comienzo la batalla por los mejores asientos, teclea torpemente en su *smartphone*: “Charletgoi”. Lo borra. “Charleroi”, ahora sí. Curioso: dice Wikipedia que el nombre de esta ciudad belga honra la memoria del rey Carlos II de España. Caminos de ida, caminos de vuelta. Y comienza el asalto a la aeronave. Superada con éxito la ensalada de codazos y de zancadillas mutuas, los pasajeros quedan ya encajados en sus nichos. Alonso apaga el teléfono y regresa a su meditación interrumpida acerca de los novísimos, el sentido de la vida y la endiablada negociación sobre el dichoso CO₂. “Al menos aprendí algo este último domingo de abril, viendo las cabezadas”. Para entretener el viaje y aclarar sus mientes decide ponerlo en cuento y por escrito:

“Arturo fue reclutado para la romería por su tío, sin muchos miramientos, con una, digamos que cariñosa, colleja. ‘Venga, Arturín, arrea, sal de la cama rapaz, que marchamos’. El tío, que era joven y buen mozo, estaba encargado de portar la urna del santo, y Arturo de cargar con agua para su tío y los demás costaleros. Como asistentes del niño iban sus tres primos pequeños, que no alcanzaban siquiera el rango de rapaces, sino simplemente el de mocosos.

“Acarrear el agua en tiempos como aquellos, de extrema sequía, no era precisamente una tarea menor. Se retorcían de sed en el campo el cereal y el ganado. Crujía ya casi el suelo, y una brisa pesada, como plomo incandescente, traía para los leoneses presagios de escasez y de hambre. En concejo abierto, convocado según costumbre a tañido de campana, acordaron procesionar las reliquias de San Isidoro, que habitaban la iglesia del mismo nombre desde hacía casi un siglo. En 1062 fueron traídas desde Sevilla, por orden del rey Fernando I. Gran golpe de efecto y palmaria declaración de intenciones: Isidoro había sido el bastión último de la tradición occidental, un sabio reconocido en toda Europa, y sus *Etimologías* corrían por el continente como el más valorado compendio de la sabiduría clásica. ‘Leedme los labios’, pudo haber dicho Fernando I al depositar en León los huesos del erudito, ‘pongo aquí un foco de luz para el Occidente todo’.

“Desde esos días ya lejanos del traslado, nadie había visto salir de su iglesia a Isidoro, ni solo ni en compañía. Por eso pensaba Arturo, en su inocencia, que tanto zarandeo, a lomos de su tío y de los demás gañanes, no podía hacerle mucha gracia al santo, acostumbrado ya seguramente a la quietud y penumbra del templo”.

A medida que el avión gana cota, Alonso se va relajando. Escruta a través de la escasa ventanilla una ciudad menguante. Se ve ahí abajo, con claridad, la trocha del Bernesga, el lugar de su unión con el Torío y el entramado de calles que suavemente remontan, desde los ríos, hasta la colina de la Catedral. Poco después se diría que una ojeada alcanza ya los límites de la provincia, bien claros al menos por el norte, en la línea cimera de las montañas, donde todavía reverbera algún nevero, como recuerdo del invierno derrotado. Se alza la nave, cambia nuestro punto de vista. Desde el ámbito local, hacia lo universal, piensa Alonso. “Si

ascendiésemos más y más, como si jugásemos con *Google Maps*, veríamos de un golpe el cuerpo azulado y orondo de la Tierra”.

Esta idea se le presenta cada vez que toma un avión, indefectiblemente, durante el despegue y el aterrizaje. Entonces le asaltan en tropel imágenes simultáneas procedentes de lugares muy distantes entre sí. Una comitiva, nutrida de pueblo, clero y nobleza, rebasa las puertas de un templo en obras. La nave central está siendo rematada con una bóveda de cañón, que le da luz directa desde los nuevos ventanales. En una isla del Índico los dodos se tambalean torpes y parsimoniosos, incapaces de volar. Y en otra, mucho más al sur, caza el enigmático tilacino, mitad lobo mitad tigre, todo él marsupial. En China, bajo la dinastía Song, el clima se vuelve benigno y el arroz abunda, aumenta la población y alguien ingenia el papel moneda, la pólvora, la brújula. En un continente extraño, toca el punto de su apogeo Tollan-Xicocotitlan, la ciudad de los toltecas... Inspirado, Alonso, por estas ensoñaciones, regresa al relato:

“Sería el año de 1158. León casi estrenaba rey, un tal Fernando II, hijo de Alfonso VII. Alfonso se hizo coronar en la catedral de León nada menos que *Imperator totius Hispaniae*. Y como emperador de España gobernó hasta que se cruzó con la parca por tierras de Jaén, cuando ya regresaba a casa, tras batallar contra el moro en Almería. Su hijo Fernando le sucedió con ciertas ínfulas y consiguió del Papa que la iglesia de San Isidoro fuese nombrada abadía e hija predilecta de la Iglesia Romana. El primer abad de la casa tomó posesión poco antes de que ocurriera el milagro que voy a contar. No es extraño que los leoneses confiasen ahora, con más ahínco si cabe, en el huésped principal de la recién nombrada abadía. No es raro que acudiesen a él como última instancia y supremo recurso contra la sequía.

“Hacía calor en León, sí, y en toda Europa. Se vivía por entonces lo que se conoce como la primavera medieval. Sin que sepamos muy bien por qué, el clima templó en todo el continente con la llegada del milenio, y el cambio climático trajo buenas cosechas los más de los años, auge demográfico, cierto optimismo vital y apertura de rutas a lo largo y ancho del continente. Prosperaban monasterios y abadías, como esta nuestra isidoriana, amanecían las universidades, progresaban las técnicas de todo tipo y la afición a la cultura. Los historiadores hablan de un auténtico renacimiento en los siglos XI al XIII (después, ya en el XIV, volvió el frío sobre nuestras tierras, quizá sobre todo el planeta, y en pos de él miseria y peste). Pero aquel año de 1158 no solo fue cálido, sino que además fue seco, muy seco. Por eso los leoneses imploraban lluvia, por eso se vieron incluso obligados a molestar al santo de la abadía.

“Y le molestaron tanto, que a dos millas de la ciudad, Isidoro en su urna apenas podía ya con el vaivén y el mareo. No se sabe bien si la procesión iba rumbo a Trobajo del Camino, enfilando hacia Santiago, u hollaba tal vez bajo los robles marcescentes del Monte de San Isidro. Mas lo cierto es que Isidoro decidió acortar el trámite. Se puso a interceder allí mismo por la lluvia ante Dios Nuestro Señor, Señor también de las nubes que llueven agua. Y vaya que si intercedió, casi con saña parece. Rompió a llover en mil cántaros. Mojáronse los nobles de subida alcurnia tanto como los prelados de la curia, lo mismo que el pueblo llano, artesanos de la urbe, campesinos del alfoz, costaleros mozos, rapaces aguadores y mocosos, pusiéronse todos pingando. Fue un gran contento al principio, el ver los campos mojados, las plantas que revivían y hasta bailar al ganado. Se abrazaban los leoneses, que tan poco dados son al abrazo, y entrechocaban sus palmas, digamos exagerando. La tierra cuarteada bien pronto se tornó

barro que se comía los pies de los peregrinos, y hasta la rodilla las patas de los macizos que cargaban con el santo, al punto de inmovilizarlos. Quedaron por último anclados en el lodo, bajo el peso impensado del arca. Parecía que cargaban no solo con un santo mareado y en los huesos, sino con un santo de cuerpo entero, con el santo y la limosna, con sus *Etimologías* en edición hartó ornada, con el cabreo del santo y con su mismísimo caballo, el de piedra, el de la estatua.

“Ya estaban hundidos hasta la cintura los nuestros paisanos cuando decidieron poner arca a tierra y rendirse. Se aproximó a ellos entonces la infanta doña Sancha, tomó las riendas del caso, hecha como estaba a mandar. Sancha Raimúndez, nada menos, hermana del recién fallecido rey Alfonso, dómina del Infantado de San Pelayo, cabe la muy dicha abadía, e hija de la casa de Borgoña, quien se percató al instante de que para sacar al santo del barro y de la rabieta iban a hacer falta no solo nobles y clero, sino las gentes del pueblo. Formó junta de vecinos, concejo abierto, o como diantres se llamara, que para entonces, con el fango al cuello y entre cortinas de agua, poco importaba el nombre. (Muchos recordaron el precedente cuando unos pocos años más tarde, en abril tenía que ser, de 1188, se juntaron en el claustro, sí, de la mismísima basílica de San Isidoro, las primeras cortes de León, primeras de España, de Europa y del universo mundo con representación de los tres estamentos, o sea, las primeras cortes democráticas. Si nunca se había reivindicado la leyenda isidoriana como precedente del parlamentarismo moderno, hora es de ir haciéndolo.)

“Acordaron los leoneses no volver a sacar nunca más los restos del santo de su beatífica morada, si es que se dejaba regresar al templo; prometiéronle además limosnas y oraciones varias. Así se lo comunicaron a Isidoro, que respondió haciendo temblar la tierra y modulando a la baja las precipitaciones. Signos que, en su conjunto, fueron interpretados por los leoneses como una respuesta positiva del santo. Aun con todo, los braceros no lograban arrancar al arca del suelo. De nuevo intervino la infanta, quien a buen seguro conocía las leyendas artúricas que a la sazón se rumoreaban por Europa. Se decía que allá por el norte brumoso, muchos muchos años ha, se halló una espada firmemente clavada en roca. Quien pudiera liberarla -se contaba- pasaría a ser el nuevo rey de Inglaterra. Varios nobles fortachones pugnaron por desenclavarla, *but no way!* Tan solo un flacucho chaval, de nombre Arturo, logró poner la espada al aire.”

Muchos se preguntarán qué pinta la pérfida Albión en el medio de esta historia leonesa de milagros y de cabezadas. Para Alonso Peregrino la conexión es obvia. La leyenda del milagro de San Isidoro hay que leerla en el mismo contexto histórico que el ciclo de las leyendas artúricas. Esconden (y enseñan) el mismo mensaje. Veamos cómo lo justifica Alonso, socorrido ahora por la servicial Wikipedia (a estas alturas del viaje, ya tiene de nuevo conectado su *smartphone*):

“La idea de que el rey Arturo fue una figura histórica proviene principalmente de dos documentos medievales: la *Historia Brittonum* y los *Annales Cambriae*. La primera data del siglo IX, y la segunda del siglo X: ambas son, por lo tanto, fuentes considerablemente tardías, ya que, si realmente existió, Arturo habría vivido en el siglo VI. Lo interesante del caso es que son documentos muy cercanos en el tiempo a la aventura leonesa que ahora nos ocupa. A partir del siglo XII, Arturo fue el personaje central del ciclo de leyendas conocido como *materia de Bretaña*. Como tal aparecía en numerosos romances en francés. De hecho, el autor del más

famoso texto sobre *Las profecías de Merlín*, a más de otros relatos artúricos, Geoffery de Monmouth, murió en el año de Nuestro Señor de 1155, tan solo tres años antes de que llovieran en León *cats and dogs*. Y aunque nadie lo haya dicho, Sancha quizás era ducha en las materias artúricas. Sancha de Borgoña, Borgoña de la misma Francia.

“Pues bien, a la dicha señora Sancha, tras tres días tristes de rezo y ayuno, se le ocurrió nada menos que buscar entre la plebe a su propio y enclenque Arturo. Y salió un tal Arturín Ordóñez, junto con sus primos mocosos. Sancha les instruyó: ‘asid la urna chavales, cargadla sobre los hombros, y hala, vuelta de la comitiva a casa’. Es de pensar que los más tomaron a la dómina por mente descabalada. Puede que sonrieran con sorna, que hicieran dichos y chanzas a costa de la mandanta. Eso sí que es muy leonés, el arte de manejar la retranca. Pero esta vez los escépticos y descreídos hubieron de quedar con dos palmos de narices, al ver a los guajes cómo pujaban al santo con grácil facilidad y elegancia, cómo los mozos les bailaban ahora el agua, hasta llegar a León, al templo del que partieron. Depositaron a Isidoro en su pacífico hogar, del que, en efecto, no ha vuelto a salir, que se sepa. Y es difícil que lo haya hecho a escondidas, pues cuenta con vigilante adoración durante la noche y el día.

“Emergía Europa por entonces de siglos fríos y oscuros, de grandes guerras, tenía apetito de paz y de ilustración, la cultura clásica se desperezaba y salía a pasear por los burgos y los claustros. Se había puesto de moda la maña frente a la fuerza, la ciencia y la erudición antes que la torva violencia bruta. Por eso, tanto aquí como en las bretañas triunfaban héroes artúricos sobre sus tíos forzudos”.

Ya casi aterriza Alonso en Bruselas y todavía no sabemos qué lección pretende bajarse, desde las nubes legendarias hasta los pasillos de Bruselas. Mientras el avión da botes y se aproxima a la pista, Alonso escribe con trazo sobresaltado los últimos párrafos de su relato:

“Eso sí, los leoneses son gentes agradecidas. La lluvia, cuando amainó y se hizo tolerable, vino requetebién para sus tierras y bestias. Así que el ayuntamiento de la urbe, en cuanto pudo, acercó a la basílica de San Isidoro un cirio de una arroba y dos buenas hachas de cera, que el abad de la colegiata recibió, no tanto como graciosa oferta, sino como obligado pago por los servicios prestados. Y aquí podríamos decir eso de ‘la hemos liado’. Porque agradecidos, sí, pero cazurros un rato. Pusiéronse a discutir, el edil con el abad, el abad con edil, que si era oferta o foro, que si obligación o regalo, que si truco o trato. Pero, en vez de llegar a las manos, o de convertir en corro de lucha el claustro (¡hubiera estado bonito!), se citaron para dentro de un año, ‘y ya seguiremos hablando’. Entre mientras, el uno entregó las velas y el otro las recogió encantado. Fuese entonces el munícipe con los suyos saludando, no una sino tres veces, con profundas cabezadas, con ironía y con garbo. Como diciendo, ‘ahí te queda mi regalo’. Mientras, el abad y los suyos respondían a las reverencias, cada vez más alejadas, con no menos sorna, con la misma retranca leonesa, pensado para sus adentros: ‘tomo tu obligada paga’ (y de milagro que no añadía un ‘pringao’).

“Y se vieron de nuevo las caras un año después, y otro y otro. Un abad y el sucesor, hasta los sesenta y tantos, cada uno discutió con los alcaldes coetáneos. La cita quedó fijada para el último domingo de abril. Y así llevamos ya más de ochocientos abriles, con sus triples cabezadas y sus dobles cabezonadas, pues ni una parte ni otra se apean de sus razones bien razonadas. Nunca se llegó a las manos (al menos en público), pero tampoco se paralizó nunca

la praxis. Siempre esgrimieron razones, coloquiaron y se dieron cera, los ediles y los abades de todos los tiempos. Siempre uno presentó las velas y el otro estiró los brazos para acogerlas. Y después de discutir a esgaya, en tres turnos de palabra, unos, los del ayuntamiento, dan cabezadas y sonríen, los otros, desde la puerta del templo, sin dejar de sonreír corresponden al saludo. Sus movimientos, cual danza bien ensayada, fueron siempre, durante siglos y años, simétricos y sincronizados, como contrarias fueron siempre sus mensuradas palabras.

“Vengo con ello a la última edición de este singular combate, la que pude ayer presenciar. Los miembros del consistorio se reunieron en el llamado ayuntamiento antiguo, en la plaza de las Palomas. Al son del himno de León, entre clarín y tambor, escoltados por una guardia de maceros, y con el pendón real a todo trapo, los munícipes se dirigieron hacia la iglesia de San Isidoro. Portaban el cirio de una arroba y las dos hachas de cera que ofrecieron luego al cabildo isidoriano. Los canónigos recibieron a la puerta de casa, como huéspedes de honor eran, a las gentes de la comitiva. Todos juntos se deambularon desde el atrio hasta el claustro, donde se entabló la contienda acostumbrada. Uno frente a otro, defendió cada bando su posición dialéctica. El síndico del Ayuntamiento rompió el fuego, con la tesis de que les daban la cera en condición de libre oferta, por propia voluntad y sin obligación alguna. A lo que el representante del cabildo respondió que nanai, que verdes las han segado y que de eso nada, que los concejales acudían allí obligados por foro, en justo pago por los trabajos de intercesión hechos en su día, o sea, hace más de ochocientos años, por el santo y su cabildo. Y así tres idas y venidas, tres oleadas irónicas de retóricos mandobles, todo entre aplausos y vítores del público, más sonoros cuanto más retorcida la broma.

“Tras el debate enconado, todos en paz y amistad oímos misa, y celebrada la misma, se despidieron a la puerta de la iglesia con vistosa ceremonia, cabildo y ayuntamiento, reverencia por aquí, inclinación por allá, y cabezadas por doquier para el disfrute del respetable, que siempre agradece ver cómo los mandamases políticos inclinan la cerviz y se colocan casi en pompa. Lo hacen por tres veces los ediles al unísono, sobre cada una de las líneas blancas pintadas al efecto en el suelo de la plaza, coordinados por los golpes de vara que el alcalde propina al piso. Empate de nuevo, tablas, y hasta el año que viene en el que habrá novedades de ingenio, pero no de resultado”.

La nave se posa en tierra. Alonso torna a lo que ahora más le atribula, o sea, cómo poner de acuerdo a tanta delegación de diferentes países en el espinoso asunto del reparto de emisiones de CO2. Y cómo hacerlo, sobre todo, sin que les den las tantas, sin necesidad de parar el reloj de Europa. Anota, por fin, con la caligrafía ya estabilizada:

“Me traigo, pues, de León este tesoro de enseñanza para la capital de Europa: se puede mantener indefinidamente un desacuerdo teórico sin que eso impida un acuerdo práctico. Muchas veces debatimos no para concordar, sino para convivir. Es posible el milagro cuando todas las partes hunden los pies en el mismo suelo institucional y portan los mismos valores. A ver si mañana en Bruselas, como ayer en las cabezadas, hacemos lo que hay que hacer, y de paso aguzamos el ingenio y nos divertimos un rato.”

Alfredo Marcos (León, 1961) es licenciado con premio extraordinario y doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Ha sido investigador en Cambridge y Roma, así como profesor de instituto en Barcelona y León. Actualmente es catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Valladolid. Ha sido director del departamento de Filosofía de dicha universidad. Imparte también cursos y conferencias con regularidad en numerosas universidades de España, México, Italia, Colombia, Francia, Argentina y Polonia. Ha escrito más de una decena de libros de carácter filosófico y literario, algunos de ellos traducidos al italiano, inglés y polaco, así como más de medio centenar de artículos científicos y divulgativos. Ha formado también parte de diversos comités bioéticos. Entre sus últimas publicaciones están: *El testamento de Aristóteles* (Edilesa, Novela Histórica, León, 2000), *Ciencia y acción* (FCE, México, 2010), *Filosofía dell'agire scientifico* (AUP, Milán, 2010), *Filozofia Nauki* (Universidad Nicolás Copérnico, Toruń, Polonia, 2012), *Postmodern Aristotle* (Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, 2012) y el capítulo "Bioinformation as a Triadic Relation" (incluido en el libro *Information and Living Systems*, MIT Press, 2011), así como diversos artículos divulgativos en la revista *Investigación y Ciencia*.